

EL MUNDO INVISIBLE

Augusto Bertsch*

[...] Después de algunas tristes reflexiones sobre el estado extraordinario en que me hallaba, confiado en los esfuerzos que haría la naturaleza para recobrar sus derechos, me puse a decirle con la tranquilidad de un discípulo de Epitecto mi audaz expedición nocturna y de qué modo, no encontrando la tierra demasiado grande, me escapé para visitar otros mundos.

—¡Bien, mi caro astrónomo! —me dijo el doctor suspirando, luego que cesé de hablar—, es un castigo del cielo porque está escrito: «Nadie podrá descorrer el velo que me cubre», y Dios acaba de castigar vuestra temeridad. A algunos da la roedora duda, a otros la locura; y queriendo manifestaros que en la Tierra las señales de Su Omnipotencia son tan visibles como en el cielo, ha vuelto vuestros ojos microscópicos.

»El foco de la vista está a algunas líneas de ellos; allí los objetos son singularmente aumentados, pero más lejos se hacen invisibles, y el infinito se encuentra a la distancia de vuestra mano. Las vigas que veis pasar son vuestras pestañas que ascienden y descienden con los párpados. Una fina aguja, un hilo de seda: he ahí el pararrayo y el enorme cable que habéis visto. Estad tranquilo, sin embargo, la enfermedad no puede durar más de tres días y, si me creéis, en tanto que subsista, aprovechémonos de ella, examinando en algunos de sus pormenores este mundo que habéis despreciado.

La esperanza penetra con tanta prontitud en el corazón de un enfermo, cree tan fácil, sencilla y violenta la curación que desea, que las últimas palabras del doctor me volvieron a la vida. [...] Fueron tan extrañas, tan ridículas e imprevistas estas sensaciones que, si las contara, sería necesario haber sido microscopio como yo, para conocer que no exagero. No distinguía el suelo ni las paredes, ni me atrevía a pararme por temor de caer en no sé qué abismo que se abría a mis pies: quedé como petrificado en el sillón y, no pudiendo verme, dudando aún fuese él mismo en cuerpo y alma, me dio tentación de ver mi mano para asegurarme que yo era el que se encontraba allí.

* Bertsch, Augusto (Auguste-Adolphe Bertsch), «Estudios de historia natural. El mundo invisible», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), pp. 117-126, 163-171, 211-220. IIs.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004623384&search=&lang=es>

El artículo se publicó, también en tres entregas, en el *Musée des Familles*: «Études d'histoire naturelle. Le monde invisible», *Musée des Familles*, VII (1839-1840), pp. 293-301 y 321-328; «Voyage au bout de mon doigt», *Musée des Familles*, VIII (1840-1841), pp. 81-88. En el *Semanario Pintoresco Español* se publicó una parte, traducida por J. de V., en seis entregas, sin ilustraciones: «Estudios de historia natural. El mundo invisible», *Semanario Pintoresco Español*, 51 (20 de diciembre de 1840), pp. 405-407; 1 (3 de enero de 1841), pp. 4-5; 3 (17 de enero de 1841), pp. 20-21; 4 (24 de enero de 1841), pp. 27-28; 7 (14 de febrero de 1841), pp. 51-52 y 10 (7 de marzo de 1841), pp. 76-78. La parte de la obra de Bertsch traducida para la revista española que coincide con la del *Museo Mexicano* se corresponde con las entregas de los números 4, 7 y 10.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué tengo en la mano? ¿Qué son estas montañas y este confuso enrejado de líneas tortuosas, sembrado de grandes agujeros? —pregunté temblando al doctor.

Él se rio y me dijo:

—Es vuestra piel. ¿No os parece singularmente afeada desde ayer?

—¡Mas soy un monstruo!

—De ninguna manera. Solamente veis un poco más abultados los objetos. ¡Ah! No conocéis todavía el cutis de vuestra mano, y ayer encontrabais el mundo demasiado pequeño: ¡qué ignorante vanidad! Ved ahora de cuántas escamas está formada esta epidermis tan delgada, cuántos agujeros contiene: se podrían contar más de mil sobre la superficie de una pulgada; y por consiguiente, casi dos millones cuatrocientos mil en toda la extensión de vuestro cuerpo. [...] Pero ¿queréis ver una cosa todavía más curiosa? —y tomándome la mano me dijo—: Mirad ahora por aquí... [...]

Tan ocupado estaba yo en considerar cinco o seis volvox, cuyas raras maniobras habían cautivado toda mi atención, que apenas oía al doctor.

Así como otras muchas especies, estos animales buscaban en mi dedo un lugar separado, que recorrían rodando siempre sobre sí mismos y sin salir jamás de él.

Este lugar, demasiado pequeño para que la cabeza de un alfiler grande pudiese cubrirlo enteramente, era para ellos nada menos que un extenso país. Allí nacían y pasaban su vida en rodar, comer y dormir, y envejecidos en un momento, terminaban pacíficamente su carrera. Aquella era su verdadera patria. [...]

—Cuidáis mucho, mi querido astrónomo, de estos pequeños animales, y no pensáis en que con uno de vuestros movimientos despedazáis millares de ellos, pues se encuentran en todas partes: en el agua, el aire, en vuestros muebles, vestidos, en la piel y aun dentro del cuerpo.

En efecto, por cualquiera lado que dirigiese la vista, miraba que millones revolaban en el aire.

—¿No será —pregunté con timidez— a ciertos animales venenosos sumamente pequeños que abundan en la atmósfera a quienes debemos nuestras enfermedades epidémicas?

Esta vez no tuve que arrepentirme de mi pregunta, porque el doctor era casi del mismo parecer.

—Nada tendría de imposible —me respondió—. No obstante que los micrógrafos no han confirmado aún esta teoría por la experiencia, ¿no se observa que las epidemias, tales como la fiebre amarilla y el vómito, reinan precisamente en los países cálidos, inmediatos a grandes pantanos, donde deben multiplicarse de un modo inaudito los animales microscópicos? Los químicos admiten en el aire una materia animal que bien podría ser el resultado de la descomposición de animalejos esparcidos en el mismo fluido que analizan.

»Por otra parte, ¿no se sabe ya que ciertas enfermedades del cutis, como por ejemplo la sarna, son ocasionadas por animales solamente visibles al microscopio?

—¡Cómo! —le dije sorprendido.

—Sí, querido astrónomo, un animal pequeño que se llama ácaro, horriblemente feo, llega al cutis, cava en él una habitación, se nutre con nuestra sustancia, pronto se

multiplica de una manera asombrosa, cubre inmediatamente todo el cuerpo, y entonces está uno inoculado por la asquerosa enfermedad. Ya comprenderéis que, si tocáis un enfermo, muchos animales de estos se os podrán comunicar. He aquí por qué la enfermedad es contagiosa, pues en menos de tres días...

—Ya no habléis de eso —dije interrumpiéndole—. Hace poco rato que se apoderan de mí terrores mortales luego que veo pasar un animal por el aire. En todas partes hay innumerables cantidades, sin que pueda comprender cómo no estoy sordo con su zumbido y magullado por sus golpes. [...]

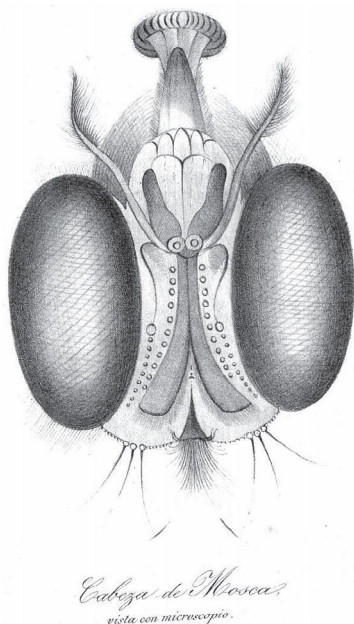


Fig. 9. Cabeza de mosca vista con microscopio, p. 170.

Apenas acabó estas palabras, cuando un animal tan grueso que solo miraba su cabeza vino a pararse en mi dedo, alargó su fea trompa y se engulló en un abrir y cerrar de ojos toda la población de los resucitados. El doctor me enseñó que una pequeñísima mosca de las que tienen vivos azules y dorados era el autor formidable de toda esta carnicería. A pesar de la experiencia que tenía de la facultad singular de mi vista, me abismé al pensar que la cabeza de una mosca fuese tan gruesa y horrible.

—Si hubieseis considerado la cabeza de esta mosca —me dijo mi sabio— con la atención que un observador filosófico debe prestar a los menores objetos, lejos de manifestar disgusto como al aspecto de una cosa monstruosamente deforme, ahora estaríais en una admiración profunda, reconociendo siempre el maravilloso ingenio que ha presidido a la creación y...

—Pero doctor —dije interrumpiéndole—, la sorpresa no me ha dejado experimentar más que un sentimiento de terror, muy disculpable, según creo, en un pobre mi-

cróscopo que hubiese visto un elefante donde vos solo veríais una pulga. Si la mosca se hubiera quedado más tiempo habría, quizá, con el socorro vuestro...

Un sacudimiento que resentí en el brazo me cortó la palabra: era la mano del doctor; y en el ruido ligero que pronto oí, no tardé en comprender que tenía dentro los dedos, la terrible carnívora de rotíferos u otra de su especie.

—No la he dejado escapar —me dijo con aire de triunfo—, y va a pagar bien caro el honor de haber atraído nuestras miradas. [...]

—Considerad un poco la cabeza de nuestra mosca: mirad si no es sorprendente.

—¡Sí —exclamé—, está cubierta del más fino terciopelo carmesí, salpicado de lentejuelas de plata, y trae en la punta un magnífico penacho de rubíes! Es un adorno natural que embelesa, mil veces más rico que lo que pudiera inventar la imaginación.

—¡Oh! —me dijo el doctor—, la naturaleza no es avara con sus riquezas, las dispensa por todas partes con profusión; y, cosa admirable, nada de lo que consideramos ordinariamente como simples atavíos de puro lujo es inútil al animal que los lleva. ¿Veis, por ejemplo, este penacho, cuyo brillo comparáis al del rubí?: es el órgano del tacto en la mosca. Con estas dos plumitas toca los objetos en quienes descansa para reconocer su naturaleza. [...]

»Notad —me decía— este tejido de escamas plateadas debajo del penacho; es una armadura elegante y sólida, bajo la cual la mosca esconde a la más ligera alarma los pliegues de su trompa. ¡Ved qué lindas pestañas de seda adornan sus ojos!

—¡Cómo sus ojos! —le dije—. No los veo.

—Son las brillantes lentejuelas salpicadas en el terciopelo carmesí de que hablabais poco ha.

—Pero entonces son innumerables.

—Sí, amigo mío; no habiendo dado la naturaleza a los insectos la facultad de mover sus ojos, ha cercado, por decir así, su cabeza con multitud de ellos, a fin de que pudiesen ver en todas direcciones a un tiempo, sin estar obligados por esto a ejecutar movimientos que los fatigasen. [...]

—La mosca es una de las creaciones más sorprendentes —dije al doctor.

—No —replicó—, pero sí una de las que por casualidad habéis observado más tiempo. El orden, la simetría y la riqueza se hallan tanto en los últimos límites de lo infinitamente pequeño como en los seres más gigantescos; y entre las creaciones naturales y las del hombre hay la enorme diferencia de que las primeras ganan mucho siempre que se ven de cerca, mientras que las otras requieren que uno se aleje de ellas para que parezcan menos monstruosas. [...]

Después de estas últimas palabras, el doctor quedó como sumergido en una profunda meditación; y luego, levantándose de repente, se puso a recorrer mi cuarto, a manera de un hombre a quien tiraniza una idea fija. [...]

—El pulso está en calma —dijo—, los ojos se hayan menos vidriosos; de aquí a mañana puede desaparecer la enfermedad; no debo perder un instante. ¡Oh, lo encontraré! —añadió tocándose la frente.

—¡Dios mío! ¿Qué buscáis? —pregunté con ansiedad.

—Dentro de cuatro horas será de noche —murmuró el doctor sin responderme—; ¡horas preciosas que la ciencia tal vez no volverá a encontrar!

Entonces oí que cerraba con precaución los postigos de la ventana, retiró la mesa a un rincón del cuarto y tomó su sombrero.

—Vuelvo en este momento —me dijo—, permaneced reposado en vuestro sillón si queréis estar sano mañana.

Después, abriendo la puerta, salió precipitadamente. No se podrá formar idea del penoso sentimiento que se apoderó de mí cuando los últimos pasos del doctor dejaron de resonar en la escalera. En el estado en que me hallaba, la soledad me parecía odiosa: mil pensamientos tristes vinieron en tropel a hacerme comprender todo el horror de mi posición excepcional, y el entusiasmo que hasta entonces me había sostenido no tardó en desvanecerse ante la realidad. No obstante, poco a poco repasé en mi memoria las maravillas que había contemplado sin cambiar de lugar. [...]

En fin, sin señalar una por una todas las circunstancias de esta penosa angustia, bastará decir que estaba bajo el peso de la más abominable pesadilla cuando un golpe fuerte que dieron a mi puerta me despertó al momento.

—¡Bendito sea el cielo! —exclamé, volviendo a ver mi cuarto por todas partes como antes, y reconociéndome a mí mismo—. Todo esto no ha sido más que un desvarío y jamás he sido microscopio.

—Tened buen cuidado de no caer —gritó desde afuera una voz que reconocí ser la del doctor—. Seguid la pared a la izquierda, tomad las jambas de vuestra chimenea, alargad la mano derecha y los dedos estarán en la cerradura.

—¡Se habrá vuelto loco el doctor de ayer acá —dije—, para creer que no pueda encontrar la puerta de mi cuarto! —y después de haber abierto los postigos de la ventana, me dirigí a abrirle al doctor—. Seáis bienvenido —le dije, apretándole la mano—; nunca vuestra visita me ha causado tanto placer, porque acaba de sacarme de la más cruel pesadilla que se puede imaginar.

»Sentaos, amigo mío —añadí presentándole una silla y desembarazándolo de una voluminosa caja que traía debajo del brazo—. ¡Oh!, voy a contaros extensamente el singular delirio que he tenido esta noche en mi sillón: es un verdadero romance. [...]

—No, no dormíais —me dijo acercándoseme—; no es un sueño: yo estaba cerca de vos hace poco.

Y me refirió brevemente algunas circunstancias de la jornada.

Yo me froté los ojos, creyendo estar aún bajo la influencia de la misma pesadilla.

—Si ambos estamos despiertos —repliqué—, lo que comienzo a dudar seriamente, procuremos entendernos algo, porque, hasta ahora, todo esto es para mí un extraño misterio. [...]